22 de agosto de 2023

Mis queridos hijos e hijas en Cristo:

¡Que el amor y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo estén siempre con ustedes!

En este tiempo de gran agitación en la Iglesia y en el mundo, debo hablarles desde el corazón de un padre para advertirles de los males que nos amenazan, y para asegurarles la alegría y la esperanza que tenemos siempre en Nuestro Señor Jesucristo. El mensaje maligno y falso que ha invadido la Iglesia, la Esposa de Cristo, es que Jesús es sólo uno entre muchos, y que no es necesario que Su mensaje sea compartido con toda la humanidad. Esta idea debe ser rechazada y refutada en todo momento. Debemos compartir la gozosa buena nueva de que Jesús es nuestro único Señor, y que Él desea que toda la humanidad de todos los tiempos pueda abrazar la vida eterna en Él.

Una vez que comprendamos que Jesucristo, el Hijo Divino de Dios, es la plenitud de la revelación y el cumplimiento del plan de salvación del Padre para toda la humanidad y para todos los tiempos, y abracemos esto de todo corazón, entonces podremos abordar los demás errores que plagan nuestra Iglesia y nuestro mundo y que han sido provocados por un alejamiento de la Verdad.

En la carta de san Pablo a los Gálatas, escribe: “Me maravilla que tan pronto hayan dejado al que los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a una Buena Noticia diversa. No es que haya otra, sino que algunos los están turbando para reformar la Buena Noticia de Cristo. Pero si nosotros o un ángel del cielo [les] anunciara una Buena Noticia diversa de la que les hemos anunciado, sea maldito. Como ya se lo he dicho y ahora se lo repito, si alguien les anuncia una Buena Noticia diversa de la que recibieron, sea maldito” (Gal 1:6-9).

Como su padre espiritual, creo que es importante reiterar las siguientes verdades básicas que siempre ha entendido la Iglesia desde tiempos inmemoriales, y subrayar que la Iglesia existe no para redefinir cuestiones de fe, sino para salvaguardar el depósito de la fe tal como nos ha sido transmitido por Nuestro Señor mismo a través de los apóstoles y los santos y mártires. De nuevo, recordando la advertencia de san Pablo a los Gálatas, cualquier intento de pervertir el verdadero mensaje evangélico debe rechazarse categóricamente como perjudicial para la Esposa de Cristo y sus miembros individuales.

1. Cristo estableció una Iglesia (la Iglesia católica) y, por tanto, sólo la Iglesia católica proporciona la plenitud de la verdad de Cristo y el camino auténtico hacia Su salvación para todos nosotros.
2. La Eucaristía y todos los sacramentos son instituidos divinamente, no desarrollados por el hombre. La Eucaristía es verdaderamente el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Cristo, y recibirlo en la Comunión de manera indigna (es decir, en un estado de pecado grave y no arrepentido) es un sacrilegio devastador tanto para el individuo como para la Iglesia. (1 Cor 11:27-29).
3. El Sacramento del Matrimonio ha sido instituido por Dios. Mediante la Ley Natural, Dios ha establecido el matrimonio entre un hombre y una mujer, fieles el uno al otro de por vida y abiertos a los hijos. La humanidad no tiene derecho ni verdadera capacidad para redefinir el matrimonio.
4. Toda persona humana ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, sea hombre o mujer, y debe ayudarse a todas las personas a descubrir su verdadera identidad como hijos de Dios, y no apoyarlas en un intento desordenado de rechazar su innegable identidad biológica y dada por Dios.
5. La actividad sexual fuera del matrimonio es siempre gravemente pecaminosa y no puede ser tolerada, bendecida ni considerada admisible por ninguna autoridad dentro de la Iglesia.
6. La creencia de que todos los hombres y mujeres se salvarán, independientemente de cómo vivan sus vidas (un concepto comúnmente conocido como “universalismo”) es falsa y peligrosa, pues contradice lo que Jesús nos dice repetidamente en el Evangelio. Jesús dice que debemos “negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo” (Mt 16:24). Nos ha dado el camino, mediante Su gracia, hacia la victoria sobre el pecado y la muerte mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental. Es esencial que abracemos la alegría y la esperanza, así como la libertad, que provienen del arrepentimiento y de confesar humildemente nuestros pecados. Mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental, cada batalla contra la tentación y el pecado puede ser una pequeña victoria que nos lleve a abrazar la gran victoria que Cristo ha ganado por nosotros.
7. Para seguir a Jesucristo, debemos elegir voluntariamente tomar nuestra cruz en lugar de intentar evitar la cruz y el sufrimiento que Nuestro Señor nos ofrece a cada uno de nosotros individualmente en nuestra vida diaria. El misterio del sufrimiento redentor, es decir, el sufrimiento que Nuestro Señor nos permite experimentar y aceptar en este mundo y que luego le ofrecemos a Él en unión con Su sufrimiento, nos humilla, nos purifica y nos adentra en la alegría de una vida vivida en Cristo. Esto no quiere decir que debamos disfrutar o buscar el sufrimiento, pero si estamos unidos a Cristo, al experimentar nuestros sufrimientos diarios podemos encontrar la esperanza y la alegría que existen en medio del sufrimiento y perseverar hasta el final en todos nuestros sufrimientos (cf. 2 Tim 4:6-8).

En las próximas semanas y meses, muchas de estas verdades serán examinadas como parte del Sínodo sobre la Sinodalidad. Debemos aferrarnos a estas verdades y desconfiar de cualquier intento de presentar una alternativa al Evangelio de Jesucristo, o de impulsar una fe que hable de diálogo y fraternidad, mientras se intenta eliminar la paternidad de Dios. Cuando intentamos innovar sobre lo que Dios, en Su gran misericordia, nos ha dado, nos encontramos en terreno traicionero. La base más segura que podemos encontrar es mantenernos firmes en las enseñanzas perennes de la fe.

Lamentablemente, puede que algunos tachen de cismáticos a quienes no estén de acuerdo con los cambios propuestos. Tengan por seguro, sin embargo, que nadie que permanezca firmemente en la línea de nuestra fe católica es un cismático. Debemos seguir siendo descarada y verdaderamente católicos, independientemente de lo que se pueda plantear. También debemos ser conscientes de que no es abandonar la Iglesia el mantenerse firme en contra de estos cambios propuestos. Como dijo san Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6:68). Por lo tanto, mantenernos firmes no significa que pretendamos abandonar la Iglesia. En cambio, los que proponen cambios en lo que no puede cambiarse pretenden apoderarse de la Iglesia de Cristo, y ellos son en verdad los verdaderos cismáticos.

Les insto, mis hijos e hijas en Cristo, a que ahora es el momento de asegurarse de que se mantengan firmemente en la fe católica de todas las edades. Todos fuimos creados para buscar el camino, la verdad y la vida, y en esta época moderna de confusión, el verdadero camino es el que está iluminado por la luz de Jesucristo, pues la verdad tiene un rostro y, en efecto, es Su rostro. Tengan la seguridad de que Él no abandonará a Su Esposa.

Sigo siendo su humilde padre y servidor,



Mons. Joseph E. Strickland

Obispo de Tyler